

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 478

25 CTS.



**Solos en
una isla**

POR
Esther Ralston
Y
Gary Cooper

FilmoTeca
de Catalunya

E
B

LA CAVA, Stejory

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año IX

BARCELONA

N.º 478

Half A Bride, 1928

Solos en una isla

Interesante asunto, interpretado por
Esther Ralston y Gary Cooper



Es un film **PARAMOUNT**

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91

Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
MARION NIXON

Solos en una isla

Argumento de la película

Patricia Winslow era el ejemplar típico de la muchacha frívola y moderna, libre y audaz, deseosa de hacer siempre su voluntad y que no admite que nadie pueda dominarla.

Rica, sin preocupaciones de ningún género, al lado de su padre, viudo, que la dejaba hacer lo que le viniese en gana, Patricia vivía una existencia de absoluta libertad.

Aquella mañana a las once despertó. Saltó, todavía soñolienta, de la cama y dióse cuenta entonces de que alguien había dormido también en su amplio lecho de solterita. Era su amiga Betty que se desperezaba con lentitud.

—Pero ¿cómo viniste a casa, Betty? — le dijo.

—¿Te sorprende? Llorabas como una chiquilla por venir a casa en un cabriolé y por complacerte, a la salida de la fiesta de Jaime Morton, te traje aquí en uno.

—Casi no recuerdo...

—Tuvimos suerte de que tu padre no nos viera entrar por la puerta principal a aquellas horas de la madrugada.

—Aun me duele la cabeza...

—Estabas como loca... Habías bebido demasiado... Cambiaste una pulsera de diamantes por las esposas de un policía y todavía te empeñabas en darle dos dólares que llevabas sueltos.

—¡Qué atrocidad! ¡Pero después de la juerguicita de anoche no quiero más saraos ni convites!

—¿Acaso sirves para algo más que para ir de fiestas y de convites? ¿No tienes una cita esta misma noche con Jaime?

—Le diré que no puedo ir y me retiraré a dormir a las ocho. Mi vida de juerga se ha acabado, te lo prometo.

—Conque a las ocho, ¿eh? Y anoche si llegas a beber otra copa te fugas con Jaime...

—Esta vez va de veras.

Pero Patricia olvidaba sus promesas con facilidad y aquella noche a las ocho tenía menos sueño que por la mañana.

Después de cenar se hallaba conversando afectuosamente con Jaime Morton, un "pollo pera", su rondador.

—Si quieres, cruzaremos la frontera y nos

casaremos esta misma noche. ¡Te amo tanto!— le decía Jaime, apasionadamente.

—Ahora parece que no podemos vivir el uno sin el otro—contestó ella displicente—, pero es-



—Le diré que no puedo ir...

toy segura que si nos casáramos, dentro de un mes nos tiraríamos los platos a la cabeza.

—Estoy dispuesto a hacer lo que tú digas, Patricia...

La joven meditó unos instantes y luego dijo, alborozada:

—¡Sea! Vamos a casarnos, pero con una condición... Al primer disgusto, al primer contra-

tiempo, pediremos inmediatamente el divorcio... ¿Te parece?

—¡Soberbio!— dijo entusiasmado el “pollo pera” a tiempo que ponía en uno de los dedos de Patricia el anillo de compromiso—. Ahí tienes un matrimonio que nos conviene. Ofrece todas sus ventajas y ninguno de sus inconvenientes.

—Pues en marcha. ¡Y a ser felices!

Y aquellas dos cabezas alocadas, frívolas, salieron de su casa para ir a la mansión del pastor y solicitar una bendición nupcial. Creían amarse, pero realmente su cariño era superficial y más que amor sólo era curiosidad.

Marcharon en el automóvil de Patricia, que ella misma guiaba.

Un perro se interpuso de pronto en mitad de la calzada, y para no atropellarlo, Patricia dió un rápido viraje y sin poder luego frenar a tiempo vino a chocar contra un taxi que pasaba en dirección contraria.

Se detuvieron los dos vehículos. El taxista bajó del coche averiado y comenzó a disputar con Patricia y Jaime, culpándoles de lo sucedido. Se aglomeraron algunos transeúntes. Vino un policía.

—Si di la vuelta fué por no aplastar a un perro—disculpóse la joven.

—No es verdad. ¿Dónde está ese perro?

Había huído.

—¿No ve usted que los dos están ebrios?—

dijo el chofer al policía—. ¡Ojalá el juez les meta un mes de trabajos forzados!

Un joven descendió del interior del taxi. Era un muchacho elegante, de rostro sereno.

Patricia al verle le preguntó:

—¿Verdad que usted vió al perro, señor?

—Eso del perro es una excusa para no pagar la multa—respondió el desconocido, fríamente—. Ustedes son los culpables. ¡Deténgalos, guardia!

—¡Bueno!—dijo el policía—. Los acompañaré a la comisaría y allí no verán ustedes perros.

Y quieras que no, Patricia y Jaime se vieron obligados a ir a la delegación para responder del daño causado al taxi.

Cuando hubieron desaparecido, el elegante muchacho que también había acusado a Patricia se dispuso a tomar otro coche... Y en aquel instante vió un perro agazapado junto a él... Entonces comprendió la verdad de las palabras de aquella mujer.

¡Era cierto lo del can! Lamentó haber contribuido a censurar a la joven, pero le pareció que el mal estaba ya hecho y que no valía la pena de insistir. Y sin acordarse más del asunto, prosiguió las diligencias que aun debía efectuar aquella noche.

* * *

Dirigióse a casa del señor Winslow. Iba sin saberlo a ver al padre de la muchacha del accidente.

El rico fabricante señor Winslow estaba muy impaciente ante la ausencia de su hija.

—De veras, señor Winslow, ésta es la primera noche que la señorita Patricia llega tan tarde a casa—le explicaba la doncella.

—¡Empiezo a sospechar haya podido ocurrirle una desgracia!

Un criado le anunció que le esperaba un visitante. El capitán Edmunds.

—Hágale pasar.

Apareció el capitán Edmunds que era el joven del taxi.

—Aquí traigo los papeles del yate que usted ha fletado, señor Winslow—dijo.

—Repáselos usted mismo y si están conformes los firmaré—contestó el fabricante, nervioso.

Edmunds sentóse en un diván y comenzó el estudio de los documentos, mientras Winslow paseaba de un lado a otro dando muestras de impaciencia.

Por fin abrióse la puerta y aparecieron Patricia y Jaime Morton.

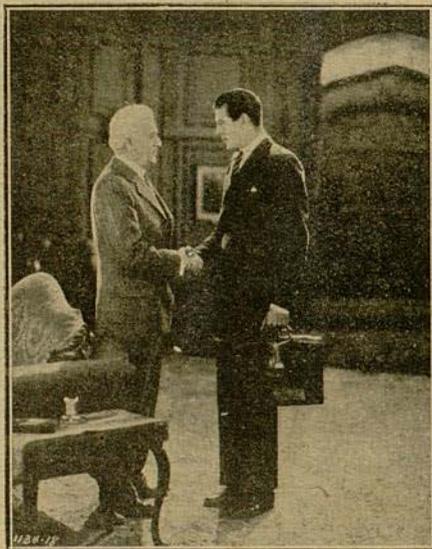
—Pero ¿qué te ha ocurrido?—preguntó su padre.

—Jaime y yo hemos tenido que pasar largas horas en la inmunda sala de detenidos de una comisaría de policía—dijo Patricia.

Y explicó con todo género de detalles el accidente. Edmunds, que estaba sentado de espaldas a Patricia, volvió la cabeza y prestó atención a lo que se decía. Reconoció asombrado a la muchacha.

Ella prosiguió su relato sin fijarse aún en el capitán.

—Todos nos acusaron. Y se presentó, luego, inesperadamente, un individuo alto, flaco, anti-



—Aquí traigo los papeles del yate...

pático, quien dijo que yo merecía la cárcel.

Jaime corroboró sus manifestaciones, mientras el señor Winslow no ocultaba el disgusto que le producían aquellas cosas de su hija.

Avanzó Edmunds hacia Patricia y ésta dió un grito de espanto al verle.

—Mentí sin querer, señorita—dijo el capitán, inclinándose—. Cuando usted se hubo marchado vi el perro... Le pido mil perdones.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? — protestó, indignada.

—Hija mía, este señor es el capitán Edmunds, comandante de mi yate.

—Y ¿por qué no se queda a bordo del yate a hacerle compañía a las gaviotas?—dijo con profundo desdén.

Y volviéndole la espalda se encaminó con Jaime a otro de los rincones de la estancia.

El señor Winslow se dirigió hacia ellos y mirando con frialdad a su hija exclamó:

—¡Patricia, tienes que cambiar de vida! Eso no puede seguir así.

—¿Por qué no eres razonable, papá? Hace muchos años que me dejas hacer lo que me place y ahora, repentinamente, asumes el papel de padre ultrajado.

—He sido demasiado débil contigo, pero desde hoy recobraré mis derechos.

—Llegaste tarde, papá. Jaime y yo estamos comprometidos. Esta misma noche me ha regalado el anillo de boda.

—Sí, señor; vamos a casarnos—dijo Jaime, que hasta entonces había guardado un silencio prudente.

—Nuestro casamiento es condicional—agregó

ella—. Si no congeniamos, hemos convenido en divorciarnos en seguida.

—¿Qué locura es ésa? ¿Creéis que contemplaré impávido cómo os mofáis de la sagrada institución del matrimonio?



—He sido demasiado débil...

—No quiero sermones, papá. Estoy decidida. Y tú, Jaime, vete ahora a casa a descansar un poco, y a las ocho de la noche me mandas tu auto e iremos a casarnos.

—No faltaré. ¡Adiós, Patricia!

Y el estúpido Jaime Morton, que no hablaba porque su cabeza vacía no sabía nunca qué

decir, se marchó, sin atender las protestas de su futuro suegro.

Patricia salió de la habitación para acompañar a Jaime hasta el recibidor.

El señor Winslow se dejó caer abatido en un sillón. Cerca de él se hallaba el capitán Edmunds, que había conservado un mutismo absoluto hasta entonces.

—¿Qué puedo yo hacer contra el modernismo imperante? ¡Nada hay sagrado para la generación que sube!—murmuró.

—Contra el modernismo hace falta mucha disciplina—contestó Edmunds, cuya vida juvenil había sido labrada en esos moldes sagrados de la obediencia y el respeto al superior.

—Pero ¿cómo hacérselo comprender?

—Si usted lograra embarcar a su hija en el yate, allí vería ella lo que es disciplina y acaso aprovecharse la lección.

—¡Es verdad! ¡Magnífica idea! Mire, vamos a estudiar el asunto.

Y les sorprendió la madrugada haciendo planes para conseguir que Patricia fuera al yate. De buen grado, no iría nunca. Sólo había un remedio. La fuerza.

* * *

A las once en punto de la noche siguiente, Patricia bajó al jardín en espera de que llegase el auto de su novio. Llevaba en una mano una

maleta y en la otra su perrito pekinés, su inseparable compañero.

De pronto rasgó el silencio de la noche un largo bocinazo, y un automóvil se detuvo junto a la verja.

El chofer bajó y abrió la portezuela. Patricia subió alborotada al vehículo y ya en él vió a su padre y a unos marinos que la cogían del brazo y la obligaban a permanecer inmóvil.

—¡Papá, papá, eso no está bien! ¡Déjame marchar!—protestaba.

—¡Silencio! Es la única manera de que haga mi voluntad. ¡Secuestrándote!

El coche partió como una exhalación hacia el muelle. Ya en él, subieron al yate.

Sin hacer caso de sus protestas, la encerraron en un camarote.

Y rápidamente el yate levó anclas haciéndose a la mar... Patricia tuvo que confesarse que aquella vez había perdido la partida, que su padre, más listo que ella, la acababa de separar de una manera violenta de Jaime Morton.

Y así pasó la noche, una noche trágica, terrible, en que se daba cuenta de la inutilidad de sus voces de rebeldía.

Pero a la mañana siguiente su padre se presentó en su camarote.

Al ver la puerta abierta, la joven escapó hacia cubierta y allí vió atemorizada, como único horizonte, el mar.

—¡Esto es una infamia!—dijo a su padre—. ¡Quiero que me lleves a tierra al instante!

—¡No! Y si es preciso te tendré a bordo del yate todo un año para quitarte tus estúpidas ideas de la cabeza.

—¡Déjame marchar!

—Es imposible... Nuestra primera escala será donde diga el capitán Edmunds. Si él quiere ir a Alaska, iremos a Alaska, si quiere ir al Polo, al Polo.

—¡Me quejaré a la policía, presentaré una denuncia!

Y viendo cerca de allí al capitán Edmunds que la miraba sonriente, sintió deseos de arañarle.

Avanzó hacia él y le dijo mirándole con infinito desprecio:

—Soy libre y mayor de edad y como tal le digo que estoy dispuesta a desembarcar de este yate aunque me cueste la vida.

—Si trata de desembarcar de este yate, es muy fácil, como usted dice, que le cueste la vida—contestó sonriente y extendiendo la mano hacia el mar.

—¡Qué modo de atropellar a una pobre mujer indefensa!

Comprendiendo que aquel estúpido capitán Edmunds no accedería jamás a contravenir las órdenes de su padre, comenzó a pasear por cubierta forjando planes y rechazándolos en seguida por absurdos.

¿Qué hacer, qué hacer?

Y así pasaron largas horas...

Pero, afortunadamente para Patricia, no to-

dos los oficiales de a bordo eran tan incorruptibles como su capitán.

Trabó amistad con el segundo oficial, un lobo de mar que pareció compadecerse de Patricia.

—Es usted el único de a bordo que me trata con cortesía—le dijo.

—Sí, señorita, he observado que todos la tratan muy mal.

—Me obligan a estar en el yate porque no quieren que me case con mi novio. ¡Eso es terrible! ¡Ah, señor oficial! ¿Haría usted lo posible por complacerme si le pidiese un favor?

—Si de mí depende...

—Ante todo, ¿estamos muy lejos de tierra?

—Por la parte del este, unas diez millas.

—Pues bien... procure que las máquinas dejen de funcionar un rato. De esta manera mi padre, viendo que el yate tiene avería, suspenderá su anunciado viaje a Alaska o al Polo y regresaremos al puerto.

—Pero, señorita, eso es muy expuesto.

—No quiero más que asustarles un poco. Vamos, no me defraude usted. Sea bueno conmigo.

Aun vaciló el oficial, pero las sonrisas y los ruegos le obligaron a acceder.

Y una hora después el timonel indicaba al capitán Edmunds con profunda extrañeza:

—¡El timón no obedece a las ruedas, capitán! Las máquinas están paradas.

—¡Qué extraño!

Dirigióse rápidamente Edmunds hacia la sala de máquinas, donde había una avería inexplicable.

—El cilindro de baja presión funciona mal, señor—dijo el maquinista.

—Hay que repararlo. El barómetro baja... Tendremos turbonada. No se puede perder ni un instante.

Entretanto, el oficial había ido a comunicar a Patricia.

—Ya está hecho, señorita... Pero me temo que arreglen la avería pronto.

—Gracias, de todos modos—dijo ella, alegremente—. Ahora yo les voy a pedir que regresemos a tierra. Y accederán.

Pero el propósito de aquella traviesa y moderna muchachita era bien diferente.

Separándose del cándido oficial, se dirigió al contra maestre y le dijo:

—Baje la lancha al instante... Papá quiere ir a tierra mientras reparan la avería.

—Pero... ¡vamos a tener mal tiempo, señorita!

—Mi padre mandó que bajaran la lancha "al instante"... Usted sabe cómo es él.

—Bien... bien...

Arriaron el bote. Patricia, llevando su equipaje y su inseparable pekinés, saltó a él.

—Contra maestre, hágame el favor de ir por mi impermeable—indicó Patricia—. Lo tengo en mi camarote.

El hombre obedeció y cuando iba a buscar

aquella prenda, encontró en la parte de popa al capitán Edmunds que estaba hablando con el señor Winslow.

—La lancha está ya a su servicio, señor Winslow.

—¿Qué lancha?—preguntó el propietario del yate, asombrado.

—La que ha pedido su hija en nombre de usted.

—¡Dios mío! ¿Qué se habrá propuesto esa muchacha? ¿Por qué le ha obedecido usted?

Corrieron todos hacia el lugar donde habían arriado el bote, pero ya no estaba allí.

Patricia se hallaba ya a alguna distancia, manejando a la perfección el motor automóvil de la lancha.

—¡Patricia! ¡Patricia! —gritó, indignado, su padre—. ¿Dónde va esa criatura? ¡Está loca, loca! Y con el cielo amenazando tormenta...

—No se preocupe, que yo la traeré a bordo—dijo el capitán.

Y ordenando fuese arriado otro bote, salió a él y comenzó a perseguir la lancha motora de Patricia, que cada vez cortaba las olas con mayor velocidad.

Patricia, al notar la presencia del capitán, dió toda la marcha al motor, que adquirió una velocidad fantástica... Pero la barca del capitán adelantaba y Patricia temía de un momento a otro caer prisionera de aquel odiado muchacho.

El mar, agitado por el viento, comenzaba a

escrespase y las dos lanchas saltaban como frágiles juguetes.

—¡Patricia, pare usted el motor!—le gritó el capitán.

—¡Nunca! ¡Váyase usted!

Edmunds había llegado ya a la misma distancia que Patricia y varias veces intentó saltar a la canoa de ella, sin poderlo conseguir, debido a la violencia de las olas.

Sin embargo, jugándose el todo por el todo, realizó un prodigioso salto y consiguió caer en la lancha de Patricia, no sin darse tan fenomenal golpe en la cabeza contra una de las tablas, que perdió el sentido.

Patricia le contempló asustada, le llamó y vió que no daba señales de vida.

Aquella sombra de tragedia atemorizó su corazón, antes optimista y feliz. Volvió a llamar al capitán sin que éste le respondiera... Y en aquel momento experimentó ante el mar alborotado un hondo sentimiento de soledad.

Desorientada, comenzó a navegar sin rumbo. Pronto estalló la tormenta... Una lluvia atroz parecía barrerlo todo. Horrorizada, sin moverse del fondo del bote, temía que la muerte viniese en su busca. Pasó horas crueles.

El capitán Edmunds volvió finalmente en sí y dándose cuenta del peligro que corrían, empuñó el mando del timón y sorteando maravillosamente el temporal durante horas y horas, logró, en plena noche, llevar la lancha medio destrozada al refugio de una isla desierta.

Rendida por las emociones, Patricia, medio inconsciente, dejóse caer sobre una de las rocas de la isla, y allí quedó hasta dormirse profundamente. Y no muy lejos de ella, hizo lo mismo el capitán Edmunds, a quien el terrible esfuerzo físico realizado producía también un sopor invencible.

* * *

Despertaron los dos al sentir la caricia de los primeros rayos del sol.

El mar era ahora plácido, como si jamás hubiese conocido los fragores del temporal.

Patricia y Edmunds se miraron sin decir una sola palabra, como si ambos se acusaran de su situación.

Ella, que creía encontrarse en un puerto habitado, fué la primera en romper el silencio.

—¿Tiene una tableta de aspirina?—le preguntó al tiempo que acariciaba a su perrito pekinés, que había podido salvarse por milagro.

—Yo no la uso—contestó, sonriente, el capitán—. Pero en la farmacia de la esquina encontrará todas las cajitas que quiera.

Patricia miró entonces el panorama desolador y guardó silencio. Sin embargo, estaba segura de que allí vivía gente que pronto correría en su auxilio.

Se dirigió el capitán a la barca medio des-

trozada y encontró en ella varios útiles que les iban a servir en su existencia de abandonados. Un revólver, un encendedor, un cuchillo, varias prendas de vestir, una caja de galletas.

Edmunds no se hacía demasiadas ilusiones. Sabía que se encontraban en una isla desierta.

El esfuerzo de la noche anterior había despertado terriblemente su apetito y comió una de las galletas, que le parecieron sabrosísimas.

Luego volvió junto a Patricia y le ofreció la caja. Ella la tomó con desdén y dió unas galletas al pekinés, lo que provocó las iras de Edmunds.

—¡Son para usted! ¡No le dé comida al perro, que nos hará falta a nosotros!

—¿Sería usted capaz de matar a un perro de hambre?—le dijo, furiosa.

—¿No comprende que no tenemos más comida que ésta? En las largas horas que hemos luchado contra la tempestad nos hemos separado del yate y ahora estamos solos en una isla deshabitada.

—¿Cree usted que me meterá miedo? Por ahí cerca habrá una aldea de pescadores donde comer huevos con jamón.

—¡Fíese usted! Y deme esas galletas, ya que no las quiere.

—Mire lo que hago con ellas y el caso que me producen sus bravatas.

Y cogiendo la caja la echó al mar.

—¡Es usted una loca!—dijo Edmunds contemplando tristemente cómo las olas se llevaban

mar adentro aquel único alimento que les quedaba.

—¡No me insulte! Me marchó de su lado. Voy a buscar un hombre que sea más caballero que usted y que me entienda.

—¡Me alegraré que lo encuentre!

Patricia se internó por aquella isla, y en su alma comenzó a surgir el pesimismo al ver que todo era desolación, abandono, soledad.

Edmunds, sonriente, hizo también por su parte varias exploraciones en aquella tierra donde por fuerza tendrían que permanecer, y descubrió un arroyuelo con el que apagó su sed devoradora.

Desde la cima de un cercano monte, Patricia vió a aquel hombre bebiendo y no reconoció a Edmunds, creyendo que se trataba de algún habitante de la isla.

Renació el optimismo en su corazón y comenzó a gritar corriendo hacia él.

—¡Eh, señor, señor!

Pero su sorpresa y su desencanto fueron enormes al ver que no era otro que el odiado Edmunds.

—Me parece que le será difícil encontrar huevos con jamón en esta solitaria isla—indicó el capitán.

Ella bebió en el arroyo y luego le dijo a tiempo que estornudaba:

—Haga señales con la camisa o un pañuelo para que las vea cualquier buque que pase.

—No me parece que pasen más de dos buques al año por estos mares.

—¡Qué desgracia! ¿Por qué me trajo usted a esta isla, por qué?

El se echó a reír. ¡Sí que tenía memoria la revoltosa! Pero no queriendo agriar más las relaciones, dijo:

—¡Tengo tanta hambre que sería capaz de comerme cualquier cosa!

Y sus ojos se dirigieron por todos lados hasta fijarse en el perrito.

Patricia pareció comprender la intención de aquel hombre y cogió al perrito, estrechándolo contra su pecho. Antes se dejaría ella matar que el animalito sirviese de alimento.

—¡Quieta!—le dijo él de pronto al ver a un conejillo entre unas matas.

Y asiendo un palo avanzó de puntillas hacia el lugar donde se había parado el animal.

Levantó el palo pronto a descargarlo contra el sabroso conejo, pero Patricia estornudó, y con el ruido la bestia escapó más que de prisa.

—¡Vive Dios!—exclamó el capitán.

—¿Por qué lo dejó escapar?—protestó Patricia.

—¿Que yo lo he dejado escapar? Bueno... ¡Quédese aquí y estornude hasta que se canse!

Ya que me trata así, le advierto que no comeré conejos de los que cace, aunque me lo sirva con vino blanco.

—¡Gracias por el favor!

Y separándose de aquella díscola muchacha,

se dispuso a conseguir caza, fuese como fuese, para aplacar el hambre.

Tardó más de una hora en volver, durante la cual Patricia experimentó nuevos terrores. En su preocupación había dejado ir suelto al perrito.

Volvió Edmunds y encendiendo fuego asó unos pedazos de carne.

El sabroso olor de aquel alimento que ahora el capitán devoraba con fruición atrajo a la muchacha, a quien Edmunds brindó un pedazo.

La joven, que estaba hambrienta, devoró aquella comida, y de pronto exclamó:

—¿Qué carne es ésta? ¡Tiene un gusto raro!

—¿Qué le importa con tal que sea carne?

Una terrible sospecha se clavó en el corazón de Patricia. ¿Dónde estaba el perrito? ¿Dónde estaba?

Todo lo comprendió y echándose a llorar exclamó, lanzando lejos de sí aquel pedazo de carne:

—¡Caníbal! ¡Antropófago! ¡Ha matado usted a mi perrito!

Lloraba poseída de una indignación nerviosa, mientras Edmunds, sin inmutarse, iba devorando su ración de carne.

En aquel instante apareció el perrito pekinés moviendo alegremente la cola y reclamando con ladridos alimento.

Patricia, asombrada, lo examinó, comprobando que estaba intacta su persona y luego dijo en tono más humilde y tranquilo:

—Usted dirá que me he conducido como una loca.

—Así es, en efecto. La carne era de ave...

—¿Me perdona, Edmunds?

—Sí. Y para que vea que no le guardo rencor, ahí tiene otro pedazo de ave para usted... y otro para el perrito.

—Gracias, Edmunds.

Y comió en silencio mientras en sus ojos nacía una lágrima de gratitud.

* * *

En los primeros días de estar en la isla, los naufragos consiguieron fuego y alimentos que compartieron como compañeros en la desgracia; tres meses más tarde su asociación era menos hostil que antes.

Como nuevos Robinsones habían construido sus cabañas, que procuraban llenar de todas las rústicas comodidades posibles.

Ya no era Patricia la muchacha díscola e indomable de tiempo antes; ahora era obediente, humilde, atendiendo todas las órdenes del capitán, que se alegraba del cambio experimentado por ella.

Y aun en el alma de aquella mujer había nacido un nuevo sentimiento. Viéndose en aquella soledad, su corazón había sentido el anhelo de ser querida por el único hombre que había

en la isla. Pero el capitán, aunque la trató con más simpatía que antes, no parecía demostrarle el menor cariño.

Sin embargo, en el fondo de su alma, también sentía amor por aquella hermosa compañera de destierro que se desvelaba en atenderle, que trabajaba, que hacía la comida, que no era la muñeca superficial de antes, sino la criatura que ha de aguzar su ingenio ante la necesidad.

No quería demostrarle ese interés. Le parecía que en el fondo Patricia no había cambiado y era la de siempre. Si un día volviesen a la civilización, sería otra vez la mujer moderna y caprichosa que no tiene otra ley que su ley.

La joven se había hecho con tela de saco un vestido, y una tarde, al pñérselo por primera vez, dijo a Edmunds, tuteándole:

—¿No notas nada nuevo en mí?

—¡Ah, el vestido! ¡Muy elegante! ¿Y cómo marcha la comida?—le preguntó, cambiando el rumbo de la conversación.

Ella le sirvió humildemente. ¿Por qué Edmunds se mantenía siempre tan frío? ¿No había modo de que sonriera y fuera para ella algo más que el simple camarada?

Comieron; él, como de costumbre, no alabó ninguno de los platos. Mientras comía se manchó la pechera de la camisa que Patricia le había lavado aquella mañana.

—Si supieras el trabajo que me cuesta lim-

piar esta camisa, pondrías un poco más de cuidado en no ensuciarla.

—Es verdad—concedió él—. Debes perdonarme.

—Oyeme, Edmunds, ¿no recuerdas que me prometiste que después de cenar me llevarías a tu cabaña a ver tus trabajos?

—Sí, te lo prometí; pero me siento cansado y quiero retirarme temprano.

—¿Por qué no me invitas a salir alguna noche después de cenar?—indicó, riendo.

—No se me había ocurrido... Supongo que te aburrirás mucho, dado tu carácter, estando todo el día metida en casa.

—¿Aburrirme yo?—protestó—. En mi vida pensaba experimentar las emociones que aquí he encontrado. Prefiero vivir en esta isla solitaria toda la vida casarme como las otras mujeres y convertirme en una esposa modelo.

—Pues parece una esposa modelo, de esas que tantas veces han citado tus burlas. ¿No haces acaso como las demás mujeres casadas: cocinar, guisar, lavar, coser, quejarse y alegrarse?

—La vida de una mujer casada es algo más que eso—murmuró ella, mirándole con ternura.

El la contempló largamente. Sintió el anhelo de caer a sus pies, pero se contuvo... No quería humillarse pidiendo su amor a la mujer que un día tan groseramente le insultara.

—Será preferible que nos aborrezcamos como nos aborrecíamos antes—dijo—. Así correremos menos peligro.

Patricia hizo un gesto de desaliento y se metió en la estancia vecina donde tenía su dormitorio, separado de la pieza del comedor por una cortina.

Edmunds estaba inquieto. Adivinaba que aquella mujer le quería, y por su parte, él hubiera deseado también aquel amor..., pero le pareció humillante el ceder, confesarle su cariño. Y para distraer su mal humor comenzó a construir una rústica silla.

Al cabo de media hora de esa labor, Patricia, nerviosa, salió de su cuarto.

—¿Por qué haces ruido sin necesidad?

—¿Cómo sabes tú que no hay necesidad? Seguiré dando golpes hasta que me canse.

Y siguió su labor, pero viendo que Patricia lloraba paró y le dijo:

—¡Perdóname! ¡Los malditos nervios tienen la culpa!

Sus brazos acariciaron los de ella y la joven le acercó la boca con un ansia inefable de que la besara.

—¿Qué necesidad tenemos de continuar fingiendo? ¡Te quiero!—suspiró Patricia.

El vaciló. ¡Oh, el olor de aquellos labios... la tentación de aquella mujer!

E iba a besarla a su vez, a confesarle que ya no podía vivir sin ella, cuando vió en uno de los dedos de Patricia el anillo de prometida.

—¡No... no!—exclamó—. Tú eres de otro. Le amabas, ¿verdad?

—Nunca le amé de veras—dijo llorando.

—¿No le amabas y estabais a punto de casaros?

—¿A punto de casarnos? Sí... Pero ¿qué importa ello si existe el divorcio? Me hubiera



...—¿Cómo sabes tú que no hay necesidad?

separado de él a la primera ocasión. ¿Qué significa hoy el matrimonio?

—Para ti significaría muy poco, pero yo no pienso como tú... Cuando me case no será por unos meses, sino para toda la vida.

—Edmundo, yo...

—No... no... Nuestro amor es imposible... Te

dejo en paz... Yo no quiero una mujer moderna.

Y sin querer escuchar las protestas de ella, salió de la cabaña, dirigiéndose a una cima cer-



—¿Qué significa hoy el matrimonio?

cana donde todas las noches encendía fuego para llamar la atención de algún buque.

Y sus ojos vieron, asombrados, que un barco estaba ante la isla.

Loco de júbilo comenzó a hacer desesperadas señales hasta conseguir que le viesan.

Luego corrió a comunicar la buena nueva a Patricia, que estaba llorando.

—¡Anímate, mujer!... He avistado un buque... y me ha contestado...

—Lo siento, Edmunds—respondió llorosa—. Yo deseaba ya que nunca pasara un barco.

—¿Por qué?—dijo, sorprendido.

—Quería tener ocasión de probarte que no soy la mujer que tú crees.

—No, Patricia. Ni tú ni yo hemos cambiado—dijo él, que a pesar del amor que sentía por ella creía que el alma de Patricia no se había transformado—. No somos más que un hombre y una mujer en una isla deshabitada... Cuando vuelvas a tu mundo y te encuentres rodeada de pretendientes entre quienes escoger, cambiarás de opinión y me olvidarás.

Ella se cubrió el rostro amargamente, haciendo signos negativos, mientras Edmunds salía al encuentro de los marineros que ya desembarcaban para salvarles.

* * *

Algunos días después el barco les conducía de nuevo al puerto de destino. Allí les esperaba el señor Winslow y numerosos amigos. James Morton no estaba, pues creyendo desaparecida a Patricia, había optado por hacer el amor a otra rica heredera.

Patricia, que llevaba en el brazo a su perrito, saludó a todos y luego dijo a Edmunds, que, conmovido, se despedía de ella:

—Pero ¿no vienes a casa con nosotros?

—No puede ser—repuso él fríamente—. Este es mi mundo. Me embarqué de piloto en este buque...

—Pero Edmunds...

Y había en sus ojos infinitas promesas de amor.

Edmunds, convencido de que aquella mujer amada era tan frívola como antes, le dijo, señalando el grupo que formaban los amigos de ella:

—Y ese es tu mundo... Cuando hayas visto a otros hombres, habitantes de un mundo frívolo que no es el mío, quizá hallarás el que te guste.

Patricia se enjugó una lágrima y pareció resignarse a perder al hombre amado.

—Si tú lo quieres de esta manera, trataré de hallarlo—suspiró.

Y se alejó, mientras el capitán volvía al barco, dispuesto a olvidar para siempre aquella aventura de amor.

Dos noches después el buque se hacía a la mar para lejanos puertos... Y Edmunds se vió sorprendido por la inesperada presencia de Patricia, del señor Winslow y de un sacerdote.

—Edmunds—le dijo ella con inmenso júbilo—. He venido para decirte que he visto a los hombres del mundo que antes era mío... y me he dado cuenta de que el hombre que yo quiero está aquí...

—Pero, Patricia... ¿es de veras? ¿Es de veras?

—Mi hija ha cambiado por completo, Edmunds... y creo que el milagro lo debemos a usted—indicó el señor Winslow.

—Tu ejemplo, tus consejos me han hecho otra mujer, Edmunds... Vengo a casarme contigo porque sé que me quieres y sólo te impedía darme el temor a que yo fuera la chica frívola de antes. Pues, no, mi bien; no... Casémonos como lo hacían nuestros abuelos... con amor, honor y obediencia... Casémonos, hasta que Dios nos separe.

—Si es así... si de veras dices que amor es eternidad... ¡bendita seas, Patricia!... ¡Te amo!

Y en el mismo barco el pastor bendijo a dos almas que por fin se consideraban gemelas.

FIN

Ha sido revisado por la Censura

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Cañot, 1

Ya se ha puesto a la venta con gran éxito:

LA VIDA, EL DESEO Y LA VICTIMA

Novela cumbre de

Alfonso Vidal y Planas

¡Éxito del Cine sonoro!

Acaba de aparecerá:

Noches de Broadway

por Sally O'Neill, Carmen Myers y Jack Egan

Precio: **50 céntimos**

PIDA:

TENTACIÓN, por Greta Garbo.

Esta semana:

LA PECADORA, por Lucy Dornaine

**Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica**

No deje de adquirir

La Novela Cinemato- gráfica del Hogar

Aparece con gran éxito todos los sábados

Precio: **30 céntimos**